

# PELICULAS

*Novela Semanal*

## *La Bejarana*



*por*

*Celia Escudero  
María Luz Callejo  
y José Nieto*

# PELÍCULAS

NOVELA SEMANAL

NÚM. 2 :: 25 CTS.

Adaptación literaria de la preciosa película nacional

## LA BEJARANA

basada en la zarzuela del mismo título letra original  
del inspirado poeta Luis Fernández Ardavín, musi-  
cada por los maestros Alonso y Serrano adaptada  
a la pantalla por el genial escritor y dirigida por  
Eusebio F. Ardavín

PRODUCCIONES

F. ARDAVIN — MADRID

Concesionarios para España: VILASECA y LEDESMA  
Layetana, 51 - BARCELONA y sucursales

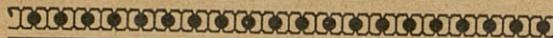
### REPARTO

Celia Escudero : Luz María.—María Luz Callejo : Inésilla.—Dolo-  
res Moreno : Ana.—José Nieto : José Luis.—Modesto Rivas : Pedro  
Rico.—Luis González : Don Esteban.—“Taquinino” : Blasillo.—  
Pedro Mata : Sargento Jarana

Operador fotógrafo Armando Pou

### PUBLICACIONES MUNDIAL

APARTADO CORREOS 925 : BARCELONA



# GRANADA

ESTAMPA Y LITOGRAFIA  
DE J. M. SANTOS

Allá en los confines de los resecos campos castellanos que con tanta donosura cantara Gabriel y Galán y luego, después, siguiendo las huellas del maestro y animado por el amor al terruño, volviera a cantar el inspirado Fernández Ar达vin, álzase la histórica villa de Béjar.

Sirvenle de marco sus encinares bravíos, donde los mugidos de las reses de lidia, los toros bravos (como los castellanos que supieron conquistar un mundo), alternan con el suave balido de la oveja marina y el piar de los pajarillos. En esta tierra de égloga, remanso de paz, cuna de la hidalguía más acrisolada, donde las vírgenes parecen mujeres y las mujeres semejan imágenes, sucede la verdadera historia que vais a leer.

Quizá para estos tiempos modernos, en los cuales la honra es algo muy baladí, en que apenas si se repara, la historia de una mujer que muere de pena, aplastada por el peso de su deshonra, os parezca algo exagerado; una fantasía de poeta, un relato de la Edad Media.

Y así sería de desarrollarse el asunto en una gran urbe, donde las corrientes modernas, al invadirlo todo, se nos llevan lo mejor que nuestros abuelos nos legaron: el culto del honor. Pero no, tratándose de una tierra donde la tradición se conserva pura y sin mancha; para la tierra de los adustos jurdanos, lar de paz y quietud, donde los

lustros son horas, hoy, como hace siglos, el honor es algo más fuerte que la vida misma. Los tipos de alma grande viven hoy y vivirán mañana. Bajo el ajustado corpiño de las charras, late un corazón fuerte y animoso que estima la virtud como el máspreciado de los dones.

Ana María es un tipo vivo como Luz-María e Inesilla. Y lo mismo puede decirse del alto Pepe Luis, que, aun siendo humilde criado, se siente con valor suficiente para defender a todo trance su amor, pese a todos los prejuicios y a todos los falsos convencionalismos.

El día en que llegamos a la histórica villa, es día de tristeza para muchos corazones juveniles. La patria exige el sacrificio y los mozos se preparan para acudir al llamamiento.

Es la hora maga del crepúsculo vespertino y la ciudad entera parece volver su faz al occidente para recibir las postreras caricias del sol, el último beso cálido que en sus momentos postreros ponía sobre sus altas casonas preñadas de altivez e hidalguía, el tono simpático que parece soñar otras edades, en el oro viejo y los márfiles opacos, enfermos de polvo de siglos que se duermen en las prosopopéyicas cónsolas, bajo el orgulloso fanal que tiene el alma hecha de mariposas y flores de papel.

Los ganados tornan al aprisco con sus vientres hinchados y el andar macilento, repiqueteando sus esquilas y campanillas, cuyos argentinos sones ponen sobre el ambiente tristón y silencioso una nota de alegría. Tras el hato, canta un zagal con voz plañidera, y a éste sigue un perro que mira atento a su amo, esperando finalice la cántiga para acercarse a recibir una caricia y lamer la mano de quien le da el pan.

Las calles del pueblo adquieren inusitado movimiento. Las zagalas con el cántaro a la cabeza o en la cadera, charlotean alegramente y comentan las cosas insignificantes y los hechos más nimios, como si se tratase de lo más transcendental. Sus pobres vidas se tejen de insignificancia y se adornan con la exaltación imaginativa. Los telares de burdo paño, principal industria de la villa, ha rato dejaron de rodar y en lugar de su monótono rum-rum dulce y adormecedor como una canción de cuna, oyense las risas de las tejedoras contándose sus cuitas y sus esperanzas de amor.

La fuente, que es también abrevadero del ganado, a tal hora estalla en gritos y estridencias. Los mozos que retornan del campo, sudorosos y cubiertos de tierra, tras un largo día de arar, encuétranse con las zagalas, que, so pretexto de llenar sus panzudos cántaros de roja tierra, acuden a este lugar de cita, discreto punto de reunión para los que todavía no son novios formales y andan en amorosos escarceos.

Es aquí donde comienzan las primeras sonrisas, y tal vez también las primeras palabras, cuando ellas, como nuevas samaritanas, ofrecen a los fatigados jayanes los gruesos labios del panzudo cántaro, lleno del líquido fresco y vivificador.

\* \* \*

Aquel día, como más adelante decimos, era un día triste para muchas doncellas de Béjar, que sabían debía partir su amado a las «tierras del moro». Muchas habían encendido una vela a la Virgen del Castañar para que con su celestial influencia protegiera el cuerpo del amado de las

balas enemigas, de algún «paco» traidor que en las sombras de la noche fuera a horadar su carne adorada, llevándose la vida.

Los quintos, los que debían marchar, capitaneados por el sargento Jarana, hombre optimista y bullanguero por demás, recorrían las calles de la villa turbando el silencio de la noche con sus alegres sonatas. Era la última despedida a la novia, el último festejo a la amada que pudorosa asomaba tras la reja para recibir la delicada ofrenda y agradecerla.

Las guitarras y bandurrias inundaban con sus alegres notas las calles y plazuelas, poniendo una nota de poesía sobre la ciudad que se aprestaba a recibir el bien ganado descanso tras un día de fatigas.

Al amparo de un viejo portalón una pareja de enamorados cambiaba dulces palabras; ella llorosa, y él pensativo. A interrumpir el dulce diálogo vino la nota de una canción que se clavó como un puñal en el pecho de la doncella.

«No des a nadie tu honra,  
que aquel a quien se la entregas  
hasta sin querer, a veces,  
para siempre se la lleva.»

Aquella canción lanzada al viento con acento triste y penetrante, que rasgó el silencio de la noche como un cohete rasga las tinieblas al remontarse en el azul, fué para Ana como una sentencia que viniera a advertirla de su triste suerte.

En un momento de inconsciencia se había entregado en cuerpo y alma a su adorado Juan, un muchacho bueno a carta cabal, que la adoraba, y sólo esperaba volver de la guerra para hacer

suya ante Dios y ante los hombres a la que ya le pertenecía en alma y vida.

—¿Por qué lloras, Ana?

—Ya lo has oído, Juan: «Hasta sin querer, a veces para siempre se la lleva.» Por esto lloro; porque aun queriéndome tú con toda tu alma...



—No pienses en eso, Ana. Dios y la Virgen del Castañar sabrán oír tus ruegos y los míos. Pues qué, ¿todos los que van a la guerra mueren? —añadió el mozo por consolar a su amada, expresando una confianza que quizás estaba lejos de sentir.

—No mueren todos, Juan, pero mueren algunos, muchos... y si entre esos muchos estuvieras tú!... ¡No quiero ni pensarlo!...

—Ea, muchachos, basta de coplas tristes! —

gritó el sargento Jarana con voz de trueno. — Ahora vais a ver vosotros lo que es canela fina.

Y así diciendo, el sargento Jarana, ducho veterano, a quien no espantaban las balas, por haber trabado conocimiento con ellas en más de cien combates, empuñó la vihuela de uno de los rondadores y con voz aguardentosa, que imitaba el croar de las ranas, pero con muchísimo estilo, entonó una de las coplas más festivas de su extenso repertorio.

Con las coplas del sargento volvió a reinar la alegría en los juveniles corazones, que por un momento sintieron la nostalgia del hogar que abandonaban y todos a la vez comenzaron a cantar la sonata de los quintos:

Bejarana no me illores,  
aunque me voy a la guerra,  
ya vendrán tiempos mejores  
en que cuides la becerra,  
mientras yo riego la tierra,  
para que tú tengas flores.

Las viejas calles se estremecían de gozo ante la caricia sonora que las tenía en vela, y las casonas altas alargaban su sombra para ver pasar la ronda. Tras los cristales de alguna ventana se dibujaba, imperfecto, algún rostro de mujer, que seguía con interés los cantores, cuidando muy bien de no ser vista por los de la ronda, que iban cruzando calles y más calles, repitiendo las estrofas de su canción de despedida, estrofas que expresaban toda la alegría y la confianza ciega de la juventud, ansiosa de vivir y por ende optimista ante el peligro.

Al soldado de Castilla  
la fortuna le acompaña,  
la fortuna.

El sol de sus meses brilla  
sobre la franja amarilla  
de la bandera de España.

La última nota de sus canciones murió con la  
última campanada de las doce, que, desgajándose  
del reloj de la colegiata, se abandonó en brazos  
del eco, que la arrastró a sus más recónditas  
guardas.

Dejó de cantar la aldea, cerró sus ojos con la  
última luz y se quedó dormida, aguardando al  
sol, al que debía anunciar el alba.

Sólo los dos enamorados, cobijados al amparo  
del arcaico portón, restaban quedos uno en bra-  
zos de otro; llorando ella, y bebiéndose él con  
sus besos las perlas que a raudales fluían de los  
ojos de la hermosa. Sus voces eran un murmullo  
imperceptible, una mezcla de ayes y suspiros en-  
trecortados, mezclados de dulces promesas, dichas  
tan quedo, que apenas si para ellos mismos re-  
sultaban inteligibles.

—¿Me querrás siempre, Juan?

—Siempre, Ana! ¡Mi pensamiento no se apartará  
un momento de ti y viviré porque quiero,  
porque debo vivir para salvarte y para quererte!

—¡Piensa que si tú me olvidaras yo moriría de  
vergüenza; piensa que aquí dentro llevo algo que  
palpita, que se mueve y que es tuyo... sangre de  
tu sangre que si no vuelves acabará con la vida  
mía!...

—¡No llores más, mi vida! ¡Yo te juro que

tan pronto como tenga una licencia, volveré y te  
llevaré al altar!...

Ajenos a todo lo que no fueran sus cuitas y  
su amor, no paraban mientes en el correr de las  
horas, que más bien les parecían minutos. La  
ciudad dormida bajo los pálidos resplandores del  
astro nocturno, protector de los enamorados, pa-  
recía vestida de blanco, como una novia. Los pri-  
meros resplandores de la aurora y el abrir de las  
primeras ventanas, les hicieron salir de su éxtasis  
y con el postrer adiós, cambiaron el último beso  
y la última promesa.

\* \* \*

El más poderoso charro de Béjar era don Pe-  
dro Rico, acaudalado propietario y dueño de una  
magnífica ganadería de reses bravas.

Muchas ricas alhajas guardaban sus arcones y  
enormes riquezas encerraba su casona; pero nin-  
guna comparable a su hija Luz-María, la más  
preciada joya del ricacho, honrada, buena y bella  
como una sonrisa del amanecer.

Luz-María había puesto sus ojos en José Luis,  
un guapo mozo, capataz de las labores de su pa-  
dre. Nadie como él perseguía a un novillo des-  
mandado ni jugaba la honda y la garrocha con  
tan natural maestría. Se habían conocido de ni-  
ños y se habían criado juntos. José Luis era de  
familia pobre pero honrada, y este solo título de  
honradez, era bastante para que el joven tuviera  
franca entrada en la casa del rico, que apreciaba  
sus prendas.

Pedro Rico desconocía estos amores que vivían  
y prosperaban a hurtadillas, encerrados en el sa-  
grario de sus corazones a las indiscreciones y chis-

morreos de comadres lenguarcas. Temían que llegara un día en que el hacendado lo supiera; pero hasta la fecha en que los presentamos, no habían tenido que lamentar el menor trastorno y su puro amor discurría plácido, esperando el momento propicio para asomar a la luz sin temor de que fuera mal acogido.

Aquel día, Pedro Rico esperaba a un amigo de la ciudad, riquísimo negociante, que le había anunciado su visita y sus deseos de comprar una fuerte partida de ganado.

Conforme lo había prometido, don Esteban (tal era el nombre del negociante) se presentó en casa de su amigo. Era don Esteban como de unos cuarenta y cinco o cincuenta años; fuerte como un roble, sanguíneo y lleno de vida.

Desde los primeros momentos, el visitante sintióse agradablemente impresionado por la belleza de la lugareña, flor silvestre de riquísimo aroma; ante cuya presencia, el sátiro que dentro de sí llevaba don Esteban, se revolvía anhelante. Llevado de su entusiasmo, no se recataba de lanzarle agradables requiebros en presencia de su padre, que recibía satisfecho tal muestra de distinción por venir de un señor tan principal. En cambio, Luz-María sentía por él una indecible repugnancia instintiva. Recibía ruborosa sus agasajos y desde el fondo de su alma, con ese sexto sentido que poseen las mujeres, adivinaba en el viejo libidinoso un enemigo al que desde un principio detestó con toda su alma.

Momentos antes de que terminara la cena en el amplio comedor de la casona, Pedro Rico mandó venir a su capataz.

—A la paz de Dios, señores y la compañía— exclamó Luis al entrar, después de haber salu-

dado con los ojos a su novia, que, ruborosa, no se atravía a levantar los suyos del suelo.

—José Luis—dijo Pedro Rico, dirigiéndose a su criado—. Mañana a primera hora llegaré con don Esteban a la dehesa del Olmedo. Tenemos que encerrar unos novillos y acosar algunas reses. Espero que todo estará conforme yo lo pido y don Esteban se merece.

—Pírdea cuidado, señor; se hará lo que se pueda y algo más también por complacerle.

—Pues hasta mañana, muchacho, y que todo esté listo.

—Quédan con Dios todos los presentes—exclamó el muchacho a tiempo que se retiraba y calaba su ancho sombrero de castor.

—Adiós, José Luis—susurró una voz dulce cual una caricia.

—Buenas noches—repuso el mozo correspondiendo a aquella mirada tierna como una promesa.

Blasillo e Inesilla, dos criados de la casa, que conocían y amparaban el secreto, cambiaron un guiño expresivo y continuaron la pitanza al amparo de la enorme campana del hogar. Cabe decir aquí que Blasillo e Inesilla andaban siempre riñendo, en eterna pelea, y que también, no podían estar el uno sin el otro, como si el reñir fuese su alimento.

No estará demás añadir que cuando nadie les veía, sus asperezas trocábansen en tiernas caricias, en las que, alternando los epítetos de ¡bruto! y ¡animal!, se escapaba, furtivo, algún que otro beso.

Claro que si Blasillo la besaba cuando podía aprovechar un descuido, no lo hacía con mal fin; ¡de ninguna manera! Era por hacerla rabiar. Y si ella fingía los descuidos «aprovechables» no era

por otra cosa que «por hacer desesperar al mastuerzo aquél, que se había creído que la miel se había hecho para la boca del asno. Por lo demás, ¡aunque no hubiese otro hombre en el mundo!...»

Y Luz-María y Pedro Rico, al ver aquellas tan



divertidas escenas, que las más de las veces terminaban en lucha greco-romana, pensaban que el amor tenía bien extrañas formas de manifestarse.

\* \* \*

Con las primeras luces del alba, montaron a caballo los hombres que se encaminaban a la dehesa del Olmedo. Don Esteban tomó un cabi-

llo, Luz-María montó a la grupa del de su padre y seguidos de los invitados a la tienta, emprendieron todos por el abrupto sendero serpenteado de recios jarales. Inesilla y Blasillo, portadores del condumio, siguieron a la comitiva llevando por compañero de viaje un rucio cansino, cuyas indiscreciones no eran muy de temer.

José Luis, que ya desde la madrugada lo tenía todo dispuesto, salió a recibir a los señores y a la mujer amada.

Poco más tarde dió comienzo la tienta. Don Esteban y las mujeres subieron a un carro que hacía los efectos de barrera y desde allí pusieronse a observar todas las peripecias del acoso.

Merced a la pericia de José Luis, no tardaron en ser encerrados unos cuantos novillos que el capataz probó, capote al brazo, siendo aplaudido por todos.

Durante la prueba, Luz-María no separó un instante los ojos de su amado; en los momentos de peligro, su rostro se cubría de mortal palidez y sus robustos senos dejaban traslucir el violento compás de una respiración anhelante. Don Esteban contemplaba a la muchacha con el rabillo del ojo y bien pronto adquirió la convicción de quién era su rival. Para el astuto viejo, tan ducho en amores como en negocios, no era difícil averiguar el motivo de aquellas sensaciones y leyó en el alma de Luz-María como en las páginas de un libro abierto.

Durante la comida tuvo José Luis ocasión de cerciorarse del acoso de que era víctima su novia por parte del viejo. En efecto, don Esteban, con toda su mala intención, no cesaba de prodigar chicoleos a la muchacha, y ésta, roja de rubor e

indignación, los aguantaba con paciencia por respeto a su padre.

Pero el martirio acabó pronto. Terminado el yantar, aprovechó la doncella un descuido de su padre y de don Esteban y fué en busca de su amado.

Grande fué el contento de José Luis, que desde que oyera los requiebros del viejo negociante, estaba en brasas por ver a la muchacha. Y no hay para que decir que tanto él como ella, estuvieron de acuerdo en poner al ridículo señor como no digan dueñas.

—Esta noche se celebra en casa la fiesta de los quintos, José Luis—dijo ella con voz mímica—, y yo desearía que tú no faltaras. ¿Vendrás?

—Si me prometes no bailar con nadie, iré; pero si no es con esta condición...

—Comprende que yo soy la organizadora de la fiesta y que, por lo tanto, debo bailar con todos los mozos. No voy a desairarlos.

—Poco me importaría que bailaras con los del pueblo; pero como quiera que sí bailas con ellos tendrás que hacerlo también con ese «señor».

Y dijo la palabra «señor» con un acento tan despectivo, que ello, por sí sólo, bastaba para demostrar bien a las claras el odio que le tenía.

—¿No comprendes que es un huésped de mi padre y...?

—Entonces, no voy. ¡Adiós!

—¡José Luis! ¡No te vayas! ¡Haré cuanto tú deseas y que sea lo que Dios quiera!

—¡Así quiero yo a mi nena! ¡Valiente!—exclamó el mozo, estrechándola contra su pecho—. Pídemela la vida y verás con qué gusto acepto yo tu sacrificio. Tú lo eres todo para mí. No tengo fortuna pero teniéndote a ti, soy más rico que

todos los Cresos de la tierra, y tengo miedo de perderte. Estoy seguro de que ese vejestorio ha puesto sus ojos en ti y trata de jugar una mala pasada a mi corazón.

—No temas nada, cariño. Estás tan metido en mi corazón, que nadie podrá sacarte de él, que te pertenece por entero. Ni ese hombre ni mil con mejores prendas, pueden lograr de mí que olvide tu cariño. ¡Te quiero más que a mí salvación, José Luis!

El ruido de unos pasos los sorprendió y se separaron. Luz-María se alejó de la fuenteccilla que había escuchado, indiscreta, sus amores, y José Luis se dedicó a preparar los aparejos de su jaca negra, la más veloz de la serranía, para lanzarse a galopar por cerros y collados. Se sentía feliz y quería decir su felicidad a todos los paisajes conocidos.

El amo y don Esteban, cuyos eran los pasos, se aproximaron al mozo.

—José Luis—le dijo Pedro Rico—, el caballo de don Esteban se ha desherrado; tenle preparada tu jaca negra para cuando volvamos.

—¿Qué..., que le prepare mi jaca? — exclamó el joven, pintado el asombro en su rostro.

—Sí, hombre, sí; tu jaca. Ya sé que hasta hoy no la ha montado nadie más que tú, pero esta tarde la montará don Esteban.

Y los dos hombres se alejaron en sus cabalgaduras, dejando al mozo sumido en un mar de indignación.

—¡No, no será!—exclamó por fin con voz fuerte.

—¿Qué te pasa, José Luis, que pareces tan preocupado? — interrogaron unos gañanes de la finca que pasaron al azar.

—¿Qué me pasa? ¡Pues casi nada! Que ese

señor de la ciudad se quiere lucir montando mi jaca y el amo me ha mandado que se la deje...

—¿Qué vas a hacer siendo cosa del amo?

—¿Qué voy a hacer? ¡Pues no dársele! Mi jaca la monto yo, porque a mí solo me pertenece. Es lo único que tengo, pero es mía y muy mía, y no la monta ese hombre aunque lo mande el rey.

Y con gran asombro de sus compañeros, montó a caballo, diciendo:

—Decidle al amo que me han venido a buscar con urgencia y no he tenido más remedio que marcharme; luego ya me disculparé yo con él.

Picó espuela y el valiente animal, que parecía tener el don de adivinar los pensamientos de su dueño, salió a galope con dirección a la montaña.

\* \* \*

El autor de la obra, al llegar a este punto, formula un canto a la jaca, lo que más aprecia el charro después de su mujer y sus hijos, que por su belleza no podemos resistir la tentación de transcribir. Dice así:

¿Habéis oído? ¡Mi jaca!  
la que al toro más bravío,  
ventaja en el praderío,  
siempre que quiero, le saca.  
La que al rozar de la espuela,  
alas tiene, más que pies,  
y en acoso de una res,  
saliendo al galope, vuelta.  
Por la que envidia sentís  
en la feria bejarana;  
por la que todos decís:  
¡Ahí se acerca José Luis

en su jaca jerezana!

¡Mi jaca!... La más ligera;  
la que, impaciente, en la espera  
rompe la brida de cuero;  
la de la silla vaquera  
y el cabezón madroñero.

La que, más que de animal,  
tiene instintos de persona;  
la que busca, remolona,  
las caricias del zagal;  
la que al pasar por delante  
de mi reja preferida,  
yergue el cuello, pide brida,  
y marca el paso, arrogante,  
como en cortejo galante  
para la mujer querida.

La que cuando el sol calienta  
me conduce hasta la fuente;  
la que, instintiva, presiente  
el abismo o la tormenta;  
la que conoce en el prado  
cuál es el toro traidor...

¡Mi jaca! ¡Lo que es mejor  
de cuanto el cielo me ha dado!  
Y quiere que se la entregue  
a quien no sabe montar  
ni la podrá resguardar,  
cuando hasta el toro se llegue,  
de la cornada en el pecho...  
A mandar lo que mandó  
el amo tendrá derecho;  
más derecho tengo yo  
a no obedecer al amo;  
que es cuidar de mi deber,  
y, después de una mujer,  
mi jaca es lo que más amo;

conque no he de obedecer  
¡como José Luis me llamo!

Aquella noche, conforme dijera Luz-María a su novio, se celebró la fiesta en casa de don Pedro Rico.

Había la costumbre de repartir entre los que marchaban una cantidad, con que algún rico propietario de la comarca les obsequiaba. Esta vez, fué Pedro Rico el encargado de regalar a los mozos unos duros que se repartieron en la fiesta de aquella noche por su hija Luz-María. Cuando dieron las nueve, en el patio de la finca de Rico se hallaba todo preparado. Las pastas secas, la cubeta de sangría que había de refrescar a los bailarines y las luces suficientes para alumbrar el extenso recinto, en el cual se congregaría toda la charrada de los contornos.

Encerrados en unas bolsitas, estaban los regalos que Pedro Rico hacía a futuros soldados, y que su hija Luz-María entregaba con una sonrisa y un buen deseo en los labios.

Cuando se terminó el reparto, los dulzaineros y bailarines del país hicieron las delicias de los espectadores con los bailes clásicos de la tierra.

Luz-María y José Luis, unidos toda la noche, eran la comidilla de las viejas mujerucas, que sólo habían asistido a la fiesta para curiosear.

Los dos novios no se preocupaban de lo que a su alrededor ocurría; no tenían ni ojos ni oídos más que para su mismo amor.

Don Esteban estaba sonriente; pero se adivinaba en él que una inmensa cólera le dominaba y sólo pensaba en hallar el medio de descartar al buen mozo, ya que Luz-María le había impresionado tan profundamente, que estaba dispuesto a

poner cuantos medios estuviesen a su alcance por conseguirla. Esperaba que se separasen los novios un momento para acercarse a ella y pintarle descaradamente la pasión que se había encendido en su pecho por obra y gracia del fulgor de sus miradas; pero viendo que no llevaban la menor intención de separarse, se acercó a ellos sonriente.

—Pero, muchachos—les dijo—, ¿es que no voy a poder bailar?

—Muchas mujeres guapas tiene usted en el ruedo. ¿Por qué no baila?—le preguntó su vez Luz-María, que no tenía la menor intención de bailar con él.

—Esas no me interesan. La única mujer interesante de la fiesta eres tú, chiquilla. ¿Cuándo vas a bailar conmigo?

—Estoy comprometida para toda la noche con José Luis...

—No importa. José Luis hará el favor de librarte de ese compromiso. ¿No es verdad, buen mozo?...

—No, señor; no es así. Es una promesa y no podemos faltar a ella. Además, ni ella bailaría con gusto, ni yo lo vería con agrado. Hay en la fiesta muchas mujeres que se sentirían orgullosas bailando con usted...

—He dicho ya antes que no me interesaban—replicó don Esteban, alargando su cuello como un gallo de pelea que va a lanzarse sobre su enemigo—. Y he de bailar con Luz-María cueste lo que cueste. ¿Lo oyes?

—Sí; pero no me espantan las bravatas, porque para eso tendría que arrancarla de mis brazos y dudo mucho que pueda conseguirlo.

Los dos hombres cruzaron sus miradas llenas

de ira. Don Esteban contemplaba a su contrincante, fuerte, joven, musculoso, y veía que llevaba las de perder. José Luis, sereno y altivo, con la confianza que da la superioridad, estrechando en sus brazos a Luz-María, continuó :

—No me espantan su riqueza y su poderío, don Esteban. Puede estar seguro de que mientras yo viva esta mujer será mía o de nadie. ¡Es mi único tesoro y lo sabré defender hasta morir!

Al ruido de la disputa, arremolinóse la gente en derredor de los que discutían; paró la música. Pedro Rico, enterado de lo que ocurría, se presentó en el corro y escupió todo su orgullo al rostro de José Luis, que no se amilanó ante el amo, a pesar de la dureza con que éste le increpó.

—Pero, ¿quién te has creído tú que eres, para atreverte a ofender a un amigo mío? —gritó el hacendado.

—¡Padre! —exclamó Luz-María, interponiéndose entre los dos, deseosa de evitar la escena.

—¡Tú a callar! ¡Y tú dale explicaciones a don Esteban de lo ocurrido y ten en cuenta que sé aplastar muy bien las alimañas que me salen al pasó! ¡Soy el amo!

—¡El amo, sí; para mandar en mi cuerpo y en mi trabajo por el pan que me da, y yo de sobra me gano; pero no el amo para mandar en mi corazón!

—Pues mira: ese corazón de que tanto blasfemias, lo guardas para otra mujer. Esta, mi hija, no ha de ser tuya jamás. ¡Muerto me había de ver y aun me sobrarían fuerzas para oponerme a ese maldito cariño!

—Lo veremos! —replicó José Luis, en son de

reto. —¡Yo le juro que esa mujer será mía aunque se hunda la tierra y se apague el sol!

Luz-María sujetaba a su padre, que pretendía arrojarse sobre el mozo. Este continuó más altivo cada vez:

—¡Ahora, me voy; veo que aquí sobra uno,



y ése soy yo; pero volveré y me la llevaré! ¡Hasta más ver, Pedro Rico! ¡Búsquese otro capataz que con más honradez le trabaje, que José Luis prefiere morirse de hambre antes que quedar a su servicio!

—¡Sí, vete, vete! ¡Cuando vuelvas, te esperarán mis perros para morderte y mis balas para herirte el corazón antes que te la lleves!

José Luis no quiso replicar. Montó en su briosa

jaca, saludó a todos con su sombrero y desapareció en las negruras de una noche mucho más clara que sus penas.

—No ha pasado nada, señores—gritó el orgulloso Pedro Rico—. Puede el baile continuar.

Volvió a sonar la gaita y a correr el mosto, pero en las almas de todos quedaba como un sedimento de angustia; volvió a sonar la música, pero no volvió a reinar la misma alegría.

Sólo don Esteban, a quien todos miraban de reojo, se sentía feliz y podía deslizar a sus anchas en los oídos de la garrida doncella todas las lindezas que le dictaban sus vesánicos deseos.

\* \* \*

Pasó un año. José Luis marchó a la montaña y únicamente bajaba al llano para ver a escondidas a su novia.

Pedro Rico ya casi ni se acordaba de lo pasado. Las preocupaciones de los negocios, cerraban sus ojos a todo lo que no fueran los cuidados de su vasta hacienda.

De los mozos que marcharon a servir al rey algunos habían regado con su sangre los campos africanos. Entre ellos se contaba el novio de Ana, la íntima amiga de Luz-María. El pobre Juan fue de los que quedaron allá para siempre y Ana, como ya dijera algún tiempo antes, en una noche de luna, mientras daba el último adiós al amado, moría de pena y de vergüenza junto a la cuna del hijo, fruto de los desgraciados amores.

Luz-María no salía de su casa más que para ir a misa y a consolar a su desgraciada amiga. Acompañábala Inesilla, a la sazón ya casada con Blas. Ambos continuaban en la casa al servicio particular de Pedro Rico.

La fortuna había sonreído a esta feliz pareja, enviándoles dos gemelos, de los cuales cuidaba Blasillo, mientras su señora iba por los carasoles a chismorrear con las comadres.

Las visitas que ambas mujeres hacían a la pobre Ana duraban mucho, y en casi todas ellas, corrían las lágrimas a raudales. Ana se moría. No podía resistir su vergüenza, y a pesar de aquel hijo que era su gloria, estaba tan hondamente herida por la desgracia, que era de temer exhalar de un momento a otro su último suspiro.

En una de estas visitas, Ana se olvidó de su dolor para aconsejar a su amiga del alma:

—«No des a nadie tu honra». Recuerda lo que dice el cantar. ¡Ah! Si yo hubiese hecho caso antes—le dijo—. Yo también estaba bien segura del hombre a quien confié el tesoro más preciado que tenía, pero el Destino, más fuerte que nosotros mismos, me lo arrebató y con él, se me llevó la vida. Fíjate en mí y que te sirva de algo mi sufrimiento; tú también estás enamorada yquieres a despecho de tu padre; pero no cometas una locura. Un mal paso se llora toda la vida. Dad tiempo al tiempo, que si vuestro amor es verdadero, vencerá por encima de todo y de todos...

Luz-María lloraba, guardando entre sus manos los pálidos dedos de Ana, que con voz trémula continuó:

—Tú eres buena, Luz-María, pero estás cansada de lucha. Sé que en tu espíritu puede más el amor de José Luis que todos los amores, y temo que este amor tuyó te arrastre a una locura. Piénsalo mucho, amiga mía, y acuérdate, cuando llegue el día de tu felicidad, que llegará, de esta pobre enferma, que tanto te quiere y que desde el

cielo, si es posible, velará por tu virtud y por tu amor.

Estaba muy pálida, tanto, que Luz-María la impidió que continuase hablando, y se despidió de ella, prometiéndola volver todos los días.

Cuando salieron a la calle, Luz-María lloraba desconsoladamente.

—¿Qué le pasa, señorita? —inquirió la traviesa Inesilla.

—Nada; lloro porque Ana me ha salvado. Pensando en ella, en su desgracia, no tengo derecho a quejarme de la mía, que fácilmente espero vencer con el tiempo.

\* \* \*

Enlavada en lo más abrupto de un cerrillo que domina a Béjar, encuéntrese una ermita de estructura sencilla: la ermita de la Virgen del Castañar. La fiesta que todos los años celebra el pueblo en honor de su Patrona, prometía ser aquel año más animada que nunca. Se habían preparado iluminaciones, bailes, cucañas, y la gente joven se prometía un continuo regocijo.

Luz-María pensaba asistir para orar ante la Virgen y suplicarle compasión para su cariño. Había ofrecido a la Virgen dolorosos sacrificios y renuncias si conseguía reducir la voluntad de su padre, y más de una vez, las cruces del calvario que se divisaban desde las puertas de su casona, compadecieron a la bella que llegó hasta ellas con los pies sangrantes para rezar bajo sus brazos eternamente abiertos a todos los dolores.

Había abandonado todas las diversiones y apenas salía de su casa para evitar la tenaz persecución de don Esteban, a la sazón afincado en

el pueblo para estar más cerca del objeto de sus libidinosos deseos.

El día en que se celebró la romería, se dirigió a la ermita cabalgando a la grupa del caballo, ricamente enjaezado, que montaba su padre, y una vez al pie de la imagen, oró largamente, acompañando su oración con las lágrimas que su pena arrancaba al corazón.

Al salir vió a Inesilla y Blasillo que le hacían señas para que se acercara a ellos.

—Ven, Luz-María —dijo la traviesa Inesilla con aire misterioso—, aquí cerca, bajo aquel grupo de castaños, te está esperando una personilla que te quiere mucho.

Momentos después, Luz-María y José Luis se hallaban estrechamente abrazados.

—Nena!

—¡Pepe Luis!

—¿No me esperabas, verdad?

—¿Por qué has venido? Te puede ver mi padre.

—¿Qué me importa? ¡Ya estoy cansado de esta situación, y no estoy dispuesto a soportarla por más tiempo!

—¿Qué deseas de mí? ¿Qué puedo darte más que toda mi alma y todo el cariño que en ella se encierra?

—¡Quiero que seas mi esposa ante Dios y ante los hombres!

—¿Y mi padre?

—Tu padre nos perdonará cuando comprenda que nuestro amor ha de salvar todos los obstáculos... Mañana mismo te vendrás conmigo. Quiero que abandones tu casa para que vengas a ser reina de la mía.

—Pero has pensado a lo que me expongo? Mi nombre, mi reputación...

—¿Acaso crees tú que no me interesa a mí todo eso tanto o más que a ti misma? Todo lo tengo preparado; hasta el cura que ha de casarnos en secreto. Si no aceptas, me marcharé a las Américas a ocultar mi amor y mi desesperación. ¡No puedo vivir más sin ti, Luz-María!

La muchacha miró a los ojos del amado y leyó en ellos una súplica tan sincera, que acabó por vencer su pobre voluntad.

—¡Iré! —dijo con voz desfallecida, que más bien parecía un suspiro.

—¡Me das la vida, amada mía! —murmuró José Luis, no menos emocionado—. Mañana a las cuatro de la tarde te esperaré en las cruces del Calvario.

Un beso fuerte y prolongado rompió la monotonía del paisaje en que se había concertado la unión definitiva de aquellos seres a los que el amor llevaba de la mano. La dulzaina en la pradera seguía tejiendo su canto melodioso.

Aquella noche, José Luis se acercó a la majada donde pernoctaban los pastores de Pedro Rico, antiguos subordinados suyos, y les pidió hospitalidad para pasar la noche siguiente al abrigo de la corraliza con Luz-María, a quien pensaba llevar consigo a Portugal.

—Tú sabes cuánto te queremos todos, José Luis —dijo el mayoral en nombre de los reunidos—, sabes cuánto te apreciamos; pero también queremos a Luz-María. Júranos como hombre que no la abandonarás nunca, que te casarás con ella como Dios manda, y todos seremos uno solo para ayudarte!

Y con el solemne juramento de José Luis, quedó el pacto concertado. En lo más intrincado de

la sierra, habría a la noche siguiente un abrigo para el amor.

La alegría desbordaba en los pechos de todos y particularmente, en el del afortunado galán, que al fin veía llegado el logro de sus anhelos. Se



brindó por la futura felicidad de los enamorados, por el amor, por las glorias de la familia, por la generosidad de los amigos, y al fin, José Luis, sintiendo que la dicha despertaba en él una desconocida vena de inspiración, lanzó un emocionante brindis por la patria chica; por la nunca bastante amada tierra de los charros que al día siguiente iba a abandonar. Levantó su vaso y brindó.

¡ Salamanca !... ¡ Salamanca !...  
 ¡ La de los pardos collados,  
 la de los pechos honrados,  
 bajo la chorrera blanca !  
 ¡ La de los surcos derechos  
 y las besanas obscuras,  
 la de las mujeres puras  
 y los sedientos barbechos !  
 ¡ La de los toros bravíos  
 y los adustos jurdanos,  
 la de los cielos sombríos  
 y los páramos secanos !  
 La del charro diligente,  
 que en una potrilla blanca,  
 va cantando, alegremente,  
 ¡ Salamanca, Salamanca !  
 ¡ Salamanca ! ¡ Tierra mía !  
 ¡ Yo te adoro,  
 porque tienes en tu mano  
 un tesoro :  
 la flor de la charrería  
 y el montaraz bejarano,  
 que te dan, día tras día,  
 su alegría,  
 con el sudor cotidiano !  
 ¡ Salamanca labradora !  
 ¡ La de la pobre anguarina !  
 ¡ La de la oveja merina  
 y la encina acogedora !  
 ¡ Salamanca femenil !  
 ¡ La de grandes arracadas !  
 ¡ La de las telas bordadas  
 y el recamado mandil !  
 ¡ Salamanca picaresca !  
 ¡ La de arrieros y estudiantes !  
 ¡ La de curas y bergantes

¡ Salamanca, señorial !  
 La del hidalgo severo  
 que, en su mesa, al pordiosero  
 reserva siempre un sitio.  
 ¡ Salamanca ! ¡ Tierra mía !  
 Porque tienes en tu mano  
 la flor de la charrería  
 y el montaraz bejarano  
 que te dan, día tras día,  
 su alegría,  
 con el sudor cotidiano  
 ¡ yo te adoro,  
 tierra noble, tierra franca !  
 ¡ Tesoro de mi tesoro !  
 ¡ Salamanca !... ¡ Salamanca !

Una evación cerrada coronó la inspirada composición del feliz enamorado y con tan brillante canto se dió por terminada la alegre velada en el rústico refugio de la abrupta serranía.

\* \* \*

El día siguiente amaneció nublado.  
 También en las almas cabalgaban las nubes.  
 Negras en el alma de don Esteban ; grises en el espíritu de las horas ; blancas, brillantes y blancas en el ánimo de los enamorados.

Aquella mañana Pedro Rico recibió una carta de don Esteban en la cual le citaba para asuntos de negocio en la dehesa del Olmedo a las cuatro de la tarde.

Apenas comió, montó a caballo, y después de despedirse de su hija que no osaba levantar la vista del suelo, se lanzó por trochas y veredas hacia la dehesa, donde esperaba encontrar al amigo.

Luz-María envió a Inesilla a algunos recados, sabiendo que dado su afán por segar la hebra tardaría bastante en volver y otro tanto hizo con Blas, a quien mandó a la huerta con sus nenes.

Cuando al fin se supo fuera de toda vigilancia, se arrodilló ante la Virgen pidiéndole perdón por la locura que iba a cometer y se dirigió a las tres cruces, donde ya hacía bastante tiempo que esperaba impaciente José Luis.

—¡Al fin!—exclamó gozoso al verla llegar.

Ella se acogió amorosa en los brazos de su amante, que la recibieron plenos de dulzura y halagos.

—No llores, amada mía. No llores. ¿Por qué han de resbalar las lágrimas por tus mejillas, si es el amor el que te espera en mis brazos ansiosos de poder lograr para ti la felicidad?

Mal hora habían escogido los amantes para preparar su huida. Parecía que el Destino se quisiera oponer a sus designios con aquel tañido lento que se escapaba de la fúnebre campana de la colegiata de Béjar, tendida bajo el gris de aquella tarde otoñal.

Había muerto Ana y aquello fué para Luz-María un aviso del cielo.

—José Luis, yo te quiero mucho, más que a mi vida; pero no me hagas que te siga ahora. No podría: el recuerdo de esa querida muerta me lo impide. Vuelve otra vez a mi reja: en ella me tendrás esperando ansiosamente tu llegada. Pero no me obligues a seguirte. ¡Imposible, imposible!...

Comprendió José Luis que Luz-María obraba de acuerdo con su deber y la dejó marchar sin oponer ni un comentario a sus deseos.

Fué siguiéndola con la vista hasta que la vió próxima a penetrar en su casa.

Montó otra vez en su jaca con ánimo de alejarse de aquellos lugares; pero un grito estriidente y las voces de «Socorro, socorro» que partían de la garganta de Luz-María, le obligaron a picar espuelas y lanzarse en auxilio de su adorada.

El libidinoso viejo don Esteban, que había citado a Pedro Rico en la dehesa para alejarlo de su casa, acababa de aprisionar entre sus garras el cuerpo, casi exánime, de Luz-María, que no esperaba encontrarse en su casa con aquel mal caballero.

Tomó el inanimado cuerpo entre sus brazos y montando en su caballo, partió al galope. No contaba con que José Luis, que había visto la maniobra, le iba a la zaga, dispuesto a defender su amor con su propia vida.

El mozo era el mejor hondero de la comarca. Poco, pues, le costó dejar sin conocimiento al viejo, que cayó del caballo a tiempo que el bravo muchacho llegaba con el suyo para recoger en sus brazos a la bella Luz-María.

Ni los gritos ni el galopar podían pasar desapercibidos para las gentes de la finca, que acudieron a felicitar a José Luis por su hazaña.

También Pedro Rico, cansado de esperar, llegaba en aquel momento. Cuando le explicaron lo ocurrido, se acercó a José Luis, le estrechó su mano y le dijo, ofreciéndole a su hija:

—Tómala. Por noble y bravío te la ganaste, y no seré yo quien trate de oponerte a vuestros destinos. Aviso ha sido del cielo, sin duda.

—¡Gracias, padre! ¡Yo le he querido siempre!

—Quiero haceros un espléndido regalo de boda—prosiguió Pedro Rico, dirigiéndose a su hi-

ja—. La finca en que naciste, la dehesa del Olmedo, será vuestra de hoy en adelante; pero con una condición: Debéis ponerle por nombre «La Bejarana».

Y mientras los últimos rayos del astro rey vertían a raudales su caudal de oro por los campos de Castilla, los dos enamorados, vueltos sus ojos hacia la blanca casita que en lo sucesivo debería ser su nido de amor, uníronse en apretado abrazo con el aplauso general de todos los presentes.

FIN

COSTA : ASALTO, 45 — BARCELONA